

ACERCA DE LOS ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE LOS TRABAJADORES EN ARGENTINA *

Juan Carlos Torre
Instituto Di Tella

Toda evaluación del estado de los estudios en una determinada área de la investigación histórica comporta una dosis de esquematismo de la que somos conscientes. Quien emprende la evaluación no puede evitar hacer violencia a la variedad de los enfoques reunidos bajo un objeto común de estudio, sea porque los ejemplos que considera pueden ser limitados y no siempre representativos, sea porque sus prejuicios lo llevan a iluminar ciertos aspectos y a soslayar otros. Si a estos riesgos se agrega el hecho de que el área de estudios bajo examen ha tenido un desarrollo incipiente, que hace difícil la sistematización de las tendencias, se comprende de inmediato que las consideraciones que siguen no tienen otra pretensión que la de expresar un punto de vista que, a su turno, es en sí mismo, controvertible.

I. SOBRE LA HISTORIA OBRERA TRADICIONAL

En una interpretación que comparten Thomas Skidmore y Paulo Sergio Pinheiro se explica el relativo atraso en el desarrollo de los estudios históricos sobre los trabajadores en América Latina por la concepción elitista prevaleciente por muchos años en los círculos académicos: al concentrar la atención sobre las vicisitudes de las élites dirigentes y sus personajes históricos -los militares, las oligarquías, los agentes de las potencias extranjeras- la disciplina terminó silenciando el mundo del trabajo¹. En los años sesenta, una nueva actitud en el abordaje de los estudios históricos se propuso corregir ese estado de cosas. Sin embargo, la voluntad de poner fin al silencio sobre los trabajadores no fue pareja con la decisión de devolver la voz a quienes habían sido acallados hasta en-

* Agradezco los comentarios y sugerencias de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero. Trabajo presentado en el Seminario Internacional "Las Ciencias Sociales en la Historiografía de Lengua Española", organizado por ICFES, Cartagena, Colombia, julio 1990.

¹ Thomas E. Skidmore, "Workers and Soldiers: Urban Labor Movements and Elites Responses in Twentieth Century Latin America", en Virginia Bernhard (ed.), *ELITES, MASSES AND MODERNIZATION IN LATIN AMERICA, 1850-1930*, Austin, 1979; Paulo Sergio Pinheiro, "Trabalho Industrial no Brasil: uma Revisão", *ESTUDOS CEBRAP*, 14, 1975.

tonces. Tal parece ser la conclusión que se impone cuando se advierte que la renovación de los estudios históricos se resolvió, en definitiva, en la proliferación de historias del movimiento obrero, de sus direcciones, sus ideologías y sus opciones políticas.

Así, los trabajadores fueron evocados, inicialmente, como inspiradores de una nueva mirada histórica para ser, luego, prolijamente, dejados de lado. Esta tendencia a sustituir la historia de los trabajadores por la historia del movimiento obrero ¿se debió, acaso, a la persuasiva influencia de una concepción elitista de la historia que se impuso, aún, sobre aquellos que pretendían conjurarla? Menos polémicamente, se podría recordar a este respecto el clima intelectual dentro del que surgió el interés por la historia obrera.

En un ensayo ya clásico, Eric Hobsbawm ha tratado la cuestión con referencia a los estudios laborales en Europa y los Estados Unidos y sus observaciones nos parecen también pertinentes para esclarecer las tradiciones intelectuales en la América Latina de los sesenta ². La historia de los trabajadores -señala Hobsbawm- tendió a comenzar desde adentro del propio movimiento obrero: fue el producto del esfuerzo de los militantes por dejar testimonio de las luchas de los trabajadores, de la ardua tarea de crear sus organizaciones. La consecuencia fue una identificación entre historia de los trabajadores e historia del movimiento obrero. Esta identidad definió las preguntas a formular, los documentos a ser consultados, el hilo conductor de los argumentos, consagró, en fin, un tipo historiográfico.

Las historias escritas por los militantes, en primer lugar, recortaron en el conjunto de los sectores trabajadores un sujeto, los obreros urbanos y, de hecho, soslayaron a otros. También recortaron un campo de análisis, su existencia en el ámbito de la producción, su acción reivindicativa, sus organizaciones, así como las corrientes políticas y los intelectuales que se dirigían a ellos. El eje de esta modalidad de la historia obrera fue la reconstrucción de la disputa entre ideologías rivales, las estrategias y las tácticas que eran propuestas dentro del movimiento obrero.

El florecimiento de los estudios universitarios sobre los trabajadores operado en la década del sesenta fue -agrega Hobsbawm- la manifestación de un clima intelectual animado por la radicalización de los estudiantes y profesores de la época. La preocupación política que estimuló este vuelco hacia un territorio hasta entonces poco explorado de la indagación histórica llevó a un reforzamiento del marco de análisis heredado de la historia escrita por los militantes obreros. Los nuevos historiadores se lanzaron por los caminos ya trazados, para recorrerlos con instrumentos más refinados y con bases heurísticas más amplias, pero sin modificar sustancialmente el sesgo de origen.

En rigor, el privilegio otorgado al movimiento obrero organizado se ajustó muy bien a la motivación política que alentaba el resurgimiento de la historia obrera. Los nuevos historiadores no solamente rendían tributo al formato heredado: compartían, asimismo, el espíritu con el que fue elaborado. En la caracterización que hiciera Georges Haupt, la historia de origen militante fue escrita desde el punto de vista de los apasionados debates que dividían al movimiento obrero ³. El campo de la indagación histórica devino, así, un terreno más, en el que proseguían las disputas ideológicas y políticas. En la Argentina, por ejemplo, contamos con cuatro historias, escritas respectivamente por sendos repre-

² Eric Hobsbawm, "Labor History and Ideology", JOURNAL OF SOCIAL HISTORY, vol. 7, no. 4, 1974.

³ G. Haupt, "Why the History of the Working-Class Movement?", REVIEW, vol. 2, no. 1, 1978.

sentantes de las principales corrientes que animaron las primeras épocas del movimiento obrero ⁴.

El empeño vindicatorio que presidió la labor de gran parte de los nuevos historiadores de los sesenta estuvo estimulado por la naturaleza misma de la historia del movimiento obrero que les sirvió de modelo. Concebida como fuente de legitimación de opciones estratégicas y tácticas, la historia de origen militante contiene virtualmente las semillas de una ortodoxia del pasado. La consolidación de las organizaciones, la constitución de un grupo dirigente tiende a realizar esas potencialidades como parte de su propia dinámica, dando lugar a una historia institucional, a una "historia de partido". Así, quienes dirigen la atención hacia la historia del movimiento obrero la encuentran, pues, ya incluida dentro de una reconstrucción hecha con fines utilitarios y transmitida al servicio de la justificación de las direcciones políticas y sindicales.

La tentación natural de los historiadores reclutados en la nueva izquierda de los años sesenta fue comenzar su trabajo denunciando esa manipulación del pasado, pero, con frecuencia, ellos también hicieron suya la visión de la historia como empresa de afirmación ideológica. En consecuencia, se lanzaron a un debate retrospectivo, cuyo marco de referencia lo propuso más una concepción alternativa de partido que la investigación de las posibilidades y límites históricos dentro de los cuales ciertas ideas fueron defendidas, ciertas decisiones políticas fueron adoptadas ⁵. En los hechos, combatir la "historia de partido" sin impugnar, al mismo tiempo, los presupuestos con los que es escrita conduce, inevitablemente, sólo a un cambio de quienes son los manipuladores.

Las debilidades de este enfoque, heredero del discurso histórico acuñado por los militantes del movimiento obrero, se manifiestan claramente en la distorsión que éste proyecta sobre el pasado al examinarlo con las categorías a-históricas del análisis político. La hipótesis que acostumbra orientar este ajuste de cuentas con las antiguas direcciones obreras es la siguiente: "Si los líderes hubieran sido otros y hubiesen seguido una línea política más justa, el curso de la historia obrera habría cambiado radicalmente" ⁶. Este sustitucionismo contrafactual descansa sobre un supuesto que, más que un punto de partida de la indagación histórica, es una hipótesis a ser verificada: el papel central de las vanguardias.

Con frecuencia, una mayoría de los trabajos escritos desde esta perspectiva adquieren su real y relativa dimensión cuando se comprueba, a través de una reconstrucción menos apasionada, que los líderes obreros sentados en el banquillo de la historia han tenido influencia sobre sectores obreros muy reducidos dentro de una masa, a su vez, pobremente organizada. Alcanzamos, de esta manera, el verdadero límite heurístico de esta modalidad de la historia obrera, en la cual los trabajadores, como lo ha destacado C. Castoriadis, tienen un lugar semejante al de un monarca constitucional, que reina pe-

⁴ Diego Abad de Santillán, LA F.O.R.A. IDEOLOGIA Y TRAYECTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO, Buenos Aires, Proyección, 1971; J. Oddone, GREMIALISMO PROLETARIO ARGENTINO, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949; S. Marotta, EL MOVIMIENTO SINDICAL ARGENTINO, Buenos Aires, Lacio, 1960; R. Iscaro, ORIGEN Y DESARROLLO DEL MOVIMIENTO SINDICAL ARGENTINO, Buenos Aires, Anteo, 1973.

⁵ J. Godio, HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.

⁶ J.R. Green, "L'histoire du mouvement ouvrier et la gauche américaine", LE MOUVEMENT SOCIAL, no. 102, 1978.

ro no gobierna, porque la iniciativa de la acción histórica está en manos de sus ministros -las vanguardias- que aciertan o se equivocan en la interpretación de sus deseos y sus intereses ⁷.

2. LAS HISTORIAS "DESDE ABAJO"

En los últimos años se han levantado algunas voces críticas contra las viejas y nuevas modalidades de la historia obrera tradicional.

2.1 La historia política

Entre los críticos encontramos, en primer lugar, una reacción que comparte, con la historia obrera tradicional, un mismo enfoque centrado sobre la acción política aunque organizado ahora desde un ángulo diferente: en lugar de seguir los comportamientos de los grupos dirigentes prefiere concentrarse en la movilización de los trabajadores y subrayar su creatividad política. Este desplazamiento del foco del análisis está inspirado por un objetivo principal: construir una imagen positiva de los trabajadores, atrayendo la luz de la investigación histórica hacia aquellos momentos en los que éstos, en la fábrica y los talleres, el barrio y las calles, toman directamente en sus manos la organización de la protesta.

Ejemplos de esta reorientación de los estudios son más frecuentes allí donde la crítica de la visión elitista de la historia ocupa un lugar central, como ocurre en Brasil. Para los historiadores brasileños, la historia política "desde abajo" es un punto de partida polémico, para ir al rescate de los trabajadores que parecen haber quedado detrás de los cortinados de la escena política ⁸. Escribir la historia de las luchas obreras se convierte, así, en una batalla intelectual por la memoria popular con vistas a rehabilitar a un personaje que en la versión tradicional fue asimilado generalmente a una masa amorfa y manipulable.

En Argentina, esta necesidad de reivindicación es sentida, comparativamente, con menor urgencia, porque acontece con los trabajadores lo que, según Jorge Luis Borges, ocurre con la pampa en el "El Martín Fierro": en este clásico de la literatura del gaucho argentino, la pampa es raramente descripta; más bien está sugerida y se la adivina en todo momento acompañando a los actores del drama. Entre nosotros, y luego del peronismo, la acción de los trabajadores es más visible y se filtra con más frecuencia en las crónicas del pasado, inclusive en los momentos en que sus contornos fueron más borrosos y su gravitación menos contundente.

La posibilidad de una historia política de los trabajadores depende de la revisión de ciertos supuestos convencionales. El mérito de Edward P. Thompson ha sido el de haber reintroducido la noción de intencionalidad en el comportamiento de las masas obreras, sobre todo con referencia a los tempranos movimientos de protesta, considerados por otros historiadores antes que él como meras revueltas primitivas ⁹. El modelo de la acción

⁷ C. Castoriadis, "On the History of the Workers' Movement", TELOS, no. 30, 1976-77.

⁸ P.S. Pinheiro y M.M. Hall, Introducción a CLASE OPERARIA NO BRASIL, vol. II, Sao Paulo, 1981.

⁹ E.P. Thompson, LA FORMACION HISTORICA DE LA CLASE OBRERA, Barcelona, 1977.

obrero "conciente y organizada" operó habitualmente como un obstáculo teórico para poder aprehender, detrás de las formas de la espontaneidad popular, los elementos de solidaridad de intereses y de cálculo estratégico que son propios del comportamiento orientado. Es indudable que con una mirada más fresca y menos prejuiciosa es posible reconstruir en el teatro de los conflictos el perfil de un actor por largo tiempo subestimado.

Examinada críticamente, la historia política "desde abajo" tiene sus virtudes y sus limitaciones. El primer aspecto a destacar en esta modalidad de la historia obrera es que, a través de ella, estamos en presencia de un mundo de intereses y valores en conflicto. Esta visión del proceso histórico es un punto de partida común en los estudios sobre los trabajadores. Pero no todos ellos se mantienen igualmente fieles a la idea del conflicto como lo hace la historia política "desde abajo". Esto es lo que ocurre particularmente con los historiadores que se ocupan de develar los mecanismos de control social a los que están sujetos los trabajadores.

Ellos también comienzan destacando el conflicto entre grupos dominantes y sectores subordinados pero lo hacen apenas como prólogo a su preocupación intelectual más importante: desentrañar y denunciar los medios no violentos mediante los que se ejerce el control sobre los trabajadores, en especial, aquellas instituciones y políticas que son revestidas de finalidades progresistas y humanitarias. El desenlace previsible de este ejercicio son afirmaciones como esta: "la historia de la clase obrera no puede ser leída como una pura construcción suya sino principalmente como objeto del poder regulatorio y represivo del Estado"¹⁰. Esta visión nos devuelve la imagen de un orden social de pura reproducción en el cual el Estado -y sus necesidades funcionales- es el único agente histórico real y es, consecuentemente, solidaria con una noción de la causalidad histórica que, en los hechos, excluye el valor cognoscitivo de la idea de conflicto.

Es posible comprender las razones de una imagen semejante, por ejemplo, un estado de desmovilización de los estratos populares. En esas circunstancias, en todos lados, en el barrio, en el lenguaje, en la fábrica, etc., se ve la marca de la dominación que reproduce las desigualdades. Pero cualquiera sea su validez en una coyuntura determinada, lo cierto es que esta historia no hace más que registrar pasivamente el éxito alcanzado en el control de los conflictos constitutivos de una sociedad dividida. Que exista una empresa de dominación es esperable, que ésta sea completa y abarcadora es menos cierto, como lo muestra el uso frecuente de la represión. En rigor, el trabajo de la investigación debería tratar de reponer la trama de los conflictos allí donde la presunta y contingente eficacia de los mecanismos de control social produce la ilusión de una historia unidimensional.

Para escribir la historia de los trabajadores es preciso desembarazarse de esa ilusión, que sólo emerge cuando nos ubicamos en el punto de vista del Estado. Esto es precisamente lo que hacen no pocos estudios dedicados, con una loable pero conceptualmente errónea intención desmitificadora, a denunciar una voluntad de dominación tal como ella se expresa en las razones con las que se justifican las políticas públicas de control social que buscan disciplinar a los sectores obreros. Contra la visión funcionalista de izquierda que colorea esta vertiente de la historia obrera, la historia política "desde abajo" tiene la virtud de incitarnos a descubrir, detrás de la regulación o del orden autoritariamente construidos, los gestos, a veces silenciosos de rechazo y otras de abierta rebeldía, mediante los que se recorta el perfil de los sectores subordinados.

¹⁰ L. Wemecke Vianna, "Estudios sobre sindicalismo e movimiento operario: Resenha de algumas tendências", DADOS, no. 17, 1978.

Si hay en la historia política “desde abajo” una sensibilidad hacia el conflicto social que debe ser preservada, en su mismo punto de partida hay también otros aspectos más discutibles. El mundo de la política es concebido como un mundo de propósitos y decisiones. Como cabría esperar, por otra parte, en una historiografía en la que la reivindicación de la presencia y los comportamientos populares está al servicio de la crítica de las direcciones políticas establecidas. De allí el recurso habitual en ella a factores subjetivos y causas puntuales a los efectos de explicar los éxitos pero, más frecuentemente, los fracasos de las movilizaciones de masas¹¹. Es difícil sustraerse a la insatisfacción que provoca esta historia de frustraciones permanentes, donde la acción de las masas está siempre a punto de dar un vuelco a la situación política y es impedida de hacerlo por las debilidades de los liderazgos y las organizaciones.

¿No cabría preguntarse si lo que aparece como la falta de un liderazgo efectivo o de una orientación consistente es, antes que causa, un síntoma de las debilidades de la política de los trabajadores? Las dificultades con las que tropieza la acción de masas suelen tener su origen en dimensiones más profundas de la experiencia de los trabajadores que la existencia de limitaciones subjetivas. El mundo de la política no se resume totalmente en esa experiencia hecha de propósitos y decisiones desde el que se escribe la historia militante, sino que moviliza, además, recursos de poder e identidades colectivas. Lo que impone, para aprehenderlo, ampliar el horizonte de la investigación histórica hasta incluir las estructuras sociales y culturales en las que se despliega la política de los trabajadores.

2.2 *La historia social*

Este es, precisamente, el campo de análisis de los desarrollos más recientes de la historia obrera que, escogiendo también la perspectiva “desde abajo”, ha ido produciendo en Argentina, como en otros países de la región, las primeras y promisorias expresiones de una historia social de los trabajadores en nuestro país. Este desplazamiento del interés de los nuevos historiadores se ha visto beneficiado entre nosotros por la existencia de aportes previos de diverso origen.

En primer lugar, están los ensayos y las encuestas sobre la situación de los trabajadores que debemos a los exponentes de la rica tradición positivista de investigación social de principios de siglo. Médicos, juristas, funcionarios, intelectuales, aplicaron entonces la nueva confianza en los instrumentos del conocimiento empírico a describir las condiciones de vida y de trabajo del mundo de los sectores subordinados que con su protesta conmovió la sociedad de la época¹². El legado de estos estudios, en los que está presente, asimismo, una sensibilidad hacia la problemática obrera que no fue ajena a un intento por regularla, es un cuerpo de estudios que, en su amplitud y en sus detalles, constituye un registro todavía no emulado sobre el surgimiento de la cuestión social en Argentina.

¹¹ J. Godio, *LA SEMANA TRAGICA DE ENERO DE 1919*, Buenos Aires, Granica, 1972; E. Bilsky, *LA SEMANA TRAGICA*, Buenos Aires, CEDAL, 1984.

¹² J. Bialek Masse, *INFORME SOBRE EL ESTADO DE LAS CLASES OBRERAS EN EL INTERIOR DE LA REPUBLICA*, Buenos Aires, Grau, 1904; J.A. Alsina, *EL OBRERO EN LA REPUBLICA ARGENTINA*, Buenos Aires, 1905; P. Stormi, “La industria y la situación de las clases obreras en la Capital de la República”, *REVISTA JURIDICA Y DE CIENCIAS SOCIALES*, Buenos Aires, 1908, Año XXV, nos. 1, 2, 3; S. Gache, *LES LOGEMENTS OUVRIERS A BUENOS AIRES*, París, 1900.

En segundo lugar, debemos mencionar los aportes generados por la renovación académica de los sesenta, que abrió las puertas de los estudios universitarios a la entrada de la sociología y de la moderna historia económica y social. El contingente de nuevos investigadores en sociología y en historia dio sus primeros pasos en torno a un área de interés común, lo que se llamó "la formación de la Argentina moderna", proceso que fue ubicado a partir de fines del siglo pasado cuando el país se insertó en el mercado mundial a través de la exportación de bienes alimenticios con destino a la Europa industrial¹³.

En ese programa de investigaciones ocupó un papel sobresaliente el fenómeno de la inmigración masiva que aquí tuvo proporciones demográficas desconocidas en otros países de la región que también lo conocieron debido al significativo peso alcanzado por los inmigrantes europeos sobre la población nativa. Este primer relevamiento del perfil étnico y ocupacional de los inmigrantes dio lugar, luego, a una corriente de estudios que, con el paso del tiempo, se ha ido enriqueciendo con trabajos más en profundidad sobre las asociaciones y redes sociales que sirvieron de marco a su incorporación a la sociedad argentina. Con independencia de sus méritos intrínsecos, los estudios de la inmigración son una fuente indispensable de información y sugerencias para una historia social de los trabajadores debido al impacto ya mencionado que tuvo la radicación de la población extranjera en la estructura social¹⁴.

También tienen ese carácter las contribuciones de la historia económica y la historia urbana que, con una metodología más rigurosa, han abordado las cuestiones ya planteadas en la agenda de las investigaciones sociales de principios de siglo, como la conformación del mercado de trabajo, el nivel de los salarios reales, la vivienda popular¹⁵. Sin embargo, el aprovechamiento de estos estudios, realizados a menudo con finalidades propias, por parte de los historiadores de los sectores obreros no fue inmediato. De hecho, mientras se abrían estas nuevas áreas de la indagación histórica, la preocupación dominante de estos últimos estaba dictada por las motivaciones ideológicas de la historia política "desde abajo". Las escasas excepciones a esta regla¹⁶ no hicieron más que confirmar la relativa insularidad en la que se desarrolló la historia obrera hasta los últimos diez años.

La década de los ochenta ha constituido, en efecto, el laboratorio en el que ha madurado la historia social de los trabajadores. Dicha maduración es visible en el desarrollo de un esfuerzo analítico habitualmente ausente en las variantes de la historia política. En la nueva historiografía obrera se hace sentir la influencia de la tradición de las ciencias sociales, con el uso de una conceptualización más explícita y el recurso deliberado a la

¹³ T. Di Tella (comp.), ARGENTINA, SOCIEDAD DE MASAS, Buenos Aires, EUDEBA, 1968.

¹⁴ F. Devoto y G. Rosoli (comps.), LA INMIGRACION ITALIANA EN ARGENTINA, Buenos Aires, Biblos, 1985; idem, L'ITALIA NELLA SOCIETA ARGENTINA, Roma, GSER, 1988.

¹⁵ R. Cortés Conde, EL PROGRESO ARGENTINO, 1979; J. Scobie, BUENOS AIRES, DEL CENTRO A LOS BARRIOS, 1870-1910, Buenos Aires, Solar, 1977; G. Bourde, BUENOS AIRES, URBANIZACION E INMIGRACION, Buenos Aires, Huemul, 1977; F. Kom, BUENOS AIRES: LOS HUESPEDES DEL 20, Buenos Aires, Sudamericana, 1974; Ch. Sargent, THE SPATIAL EVOLUTION OF GREATER BUENOS AIRES, 1870-1930, Tempe, Arizona State University, 1976; O. Yujnovsky, "Políticas de Vivienda en la Ciudad de Buenos Aires, 1880-1914", DESARROLLO ECONOMICO, vol. 14, no. 54, 1974.

¹⁶ J. Panetieri, LOS TRABAJADORES, Jorge Alvarez Editor, Buenos Aires, 1967; L. Gutiérrez, "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", REVISTA DE INDÍAS, vol. 41, enero-junio 1981, Madrid.

comparación a través del tiempo y el espacio a fin de establecer el peso y la dirección de distintos factores y dimensiones ¹⁷. En lugar de preguntarse por el *cómo*, a la manera de la historia narrativa, hoy es más frecuente que los historiadores se pregunten por el *por qué*, tratando de identificar cuestiones cuya resolución ilustre sobre la validez de distintas hipótesis acerca del impacto de las estructuras sociales y culturales en la experiencia política de los trabajadores.

Otro de los rasgos salientes de este nuevo enfoque metodológico es la reducción en la escala del universo bajo estudio. La historia obrera tradicional, al concentrarse sobre las instituciones del movimiento obrero, tendió a moverse en una escala nacional. La nueva historia obrera, en cambio, suele dirigir la investigación, más bien, sobre una ciudad, una comunidad, una empresa: sólo a estos niveles más circunscriptos parece posible recuperar la complejidad de la experiencia de los trabajadores y recortar la incidencia de sus diferentes dimensiones. Esta mayor penetración de la microhistoria conlleva, ciertamente, mayores exigencias para la práctica de los historiadores.

Por un lado, están las dificultades de la infraestructura documental. Los registros civiles y policiales, los archivos sindicales y de las asociaciones populares, los libros de las empresas y de las bibliotecas vecinales, las cédulas censales y las actas parroquiales no siempre abundan o no tienen el acceso y la confiabilidad requeridas. Existe aquí un obstáculo verdadero que demanda y demandará sagacidad y perseverancia en la tarea de reponer en la historia a aquellos que con frecuencia no dejaron documento alguno de su experiencia.

Por otro lado, un riesgo inherente a la microhistoria es el terminar aislando el universo circunscripto de la ciudad, la comunidad o la empresa bajo estudio de los procesos globales, de naturaleza económica y política, de la sociedad. Sin desdeñar su importancia, nos parece, sin embargo, que este es un riesgo menos probable en la práctica histórica de América Latina y Argentina en particular, debido a la conciencia alerta que existe acerca de las discusiones sobre las modalidades de desarrollo de nuestras sociedades periféricas y, además, del impacto de las fuertes discontinuidades que caracterizan su desenvolvimiento histórico sobre los diversos planos de las realidades nacionales.

Colocando en perspectiva los estudios de la nueva historia social obrera es preciso señalar que los debates sobre los trabajadores en Argentina se han organizado alrededor de dos momentos definidos y acotados. El primero se extiende aproximadamente desde el fin de siglo hasta la crisis económica de 1930, esto es, los años de la emergencia de la protesta social y de la progresiva formación del sindicalismo en el marco del apogeo de la Argentina agroexportadora. El momento posterior, singularizado por la expansión de la industrialización en respuesta a las nuevas condiciones creadas por la Gran Depresión mundial de 1929, está dominado por la problemática de los orígenes sociales del peronismo y la constitución y subsecuente desarrollo del movimiento obrero contemporáneo.

La reflexión sobre estos dos momentos históricos se ha realizado en términos generales también desde dos ópticas intelectuales diferentes. El período que se abre con la cuestión de la aparición del peronismo como movimiento político de masas fue originalmente abordado a partir de las preguntas y los términos de referencia definidos por un enfo-

¹⁷ Sobre las cuestiones metodológicas de la nueva historia social consultar, James A. Henretta, "Social History as lived and written", *AMERICAN HISTORICAL REVIEW*, 1979, pp. 1293-1333.

que que provino originalmente de la sociología¹⁸. Ello se tradujo en un análisis macro-social en el que, sea a partir de las claves de la sociología de la modernización, sea poniendo el énfasis sobre los modelos de acumulación y las transformaciones del Estado, la referencia a la visión "desde abajo" fue, comprensiblemente, escasa.

Por cierto, los trabajadores han sido incluidos una y otra vez como piezas claves del análisis pero lo fueron, sobre todo, como construcciones ideales al servicio de los distintos paradigmas interpretativos. En los hechos, su papel consistió en encarnar alternativamente los polos de la serie de dicotomías globales en torno de las que ha girado el debate sobre el populismo y los sectores obreros: tradicional/moderno, cooptación/autonomía, conciencia de clase/falsa conciencia, resistencia/integración¹⁹. Cualquiera sea la utilidad de estas abstracciones para dar cuenta de su objeto de análisis, en el contexto de un enfoque en sí mismo legítimo, ellas están muy lejos de capturar la concreta experiencia histórica de los trabajadores tal como pretende reconstruirla la nueva historia social obrera. Esta omisión está en curso de ser subsanada por estudios actualmente en proceso de elaboración, que procuran colocar bajo esta última óptica un período hasta hoy examinado por la sociología y la práctica histórica tributaria de ella, centrada en las relaciones de los sindicatos con el sistema político y el Estado²⁰.

Es en el ámbito delimitado por el primer período -entre el fin del siglo pasado y 1930- que la historia social "desde abajo" ha comenzado a ofrecer sus novedades, iluminando la experiencia de los trabajadores desde el contexto de trabajo, la vivienda y el vecindario, la actividad cultural, los contrastes étnicos, las condiciones de la vida material²¹. Progresivamente, se han ido acumulando estudios y ampliando de esta manera nuestros conocimientos, pero es importante aclarar que estamos ante un campo de análisis todavía en formación, que se contruye en medio de una persistente penuria de recursos. No obstante su desarrollo incipiente, es posible de todos modos identificar algunas líneas de interpretación y núcleos temáticos.

Conscientes de que quizás simplifiquemos demasiado, nos parece advertir en una mayoría de los trabajos publicados un común enfoque que, recogiendo su inspiración en la perspectiva interpretativa abierta por E.P. Thompson y proseguida por otros, pone el

¹⁸ En la obra de Gino Germani, *POLÍTICA Y SOCIEDAD EN UNA EPOCA DE TRANSICION*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

¹⁹ D. James, *RESISTANCE AND INTEGRATION, PERONISM AND THE ARGENTINE WORKING CLASS, 1946-1976*, Cambridge University Press, 1988, Introduction.

²⁰ M. Murnis y J.C. Portantiero, *ESTUDIOS SOBRE LOS ORIGENES DEL PERONISMO*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; H. Matsushita, *MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO, 1930-1945: SUS PROYECCIONES EN LOS ORIGENES DEL PERONISMO*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983; H. Del Campo, *SINDICALISMO Y PERONISMO*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; J.C. Torre (comp.), *LA FORMACION DEL SINDICALISMO PERONISTA*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

²¹ Consultar los trabajos reunidos por Diego Armus (comp.), *SECTORES POPULARES Y VIDA URBANA*, Buenos Aires, CLACSO, 1984 y *MUNDO URBANO Y CULTURA POPULAR*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; R. Falcón, *EL MUNDO DEL TRABAJO URBANO, 1890-1914*, Buenos Aires, CEDAL, 1986, e "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina", *ANUARIO ESCUELA DE HISTORIA*, Univ. Nac. de Rosario, 1986-1987; L. Gutiérrez, "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", *SIGLO XIX*, año III, 6, 1988; H. Sábato, "La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880", *DESARROLLO ECONOMICO*, vol. 24, 96, 1985; L. Gutiérrez y L.A. Romero, "Sociedades Barriales, Bibliotecas Populares y Cultura de los Sectores Populares: Buenos Aires, 1920-1945", *DESARROLLO ECONOMICO*, vol. 29, 113, 1989. O. Pianetto, "Mercado de trabajo y acción sindical en Argentina", *DESARROLLO ECONOMICO*, vol. 24, 94, julio-septiembre de 1984.

acento en la naturaleza multiforme y diversa de la constitución de la experiencia de los trabajadores y en su traducción en términos culturales bajo la forma de valores, percepciones e instituciones. Hemos formulado esta caracterización a los efectos de señalar en ella dos cuestiones que entendemos significativas del punto de vista adoptado por este enfoque.

Primero, la idea de la experiencia obrera como multiforme y diversa: a través de ella se renuncia implícitamente a otorgar un privilegio causal a una u otra de las esferas de la realidad en las que aquella se despliega. Este presupuesto distingue a esta corriente historiográfica de quienes, a la hora de dar cuenta de la política de los trabajadores, otorgan una mayor centralidad a su inserción en el proceso mismo de trabajo. La decisión de abandonar una hipótesis central sobre la orientación de las conductas obreras para dar cabida, en su lugar, a un abordaje más matizado que contemple la multidimensionalidad de la experiencia de los trabajadores nos parece que se ajusta bien al carácter que adopta el objeto bajo estudio en estos tiempos tempranos de la historia obrera.

En efecto, lo que emerge de la reconstrucción de las clases subalternas durante los años abarcados por el fin del siglo pasado y las primeras décadas del presente es un mundo obrero urbano definido por la alta volatilidad ocupacional debido a los constantes flujos y reflujos de la inmigración ultramarina, por la débil integración del mercado de trabajo y, consecuentemente, la gran heterogeneidad de las formas de inserción en él, por la fuerza de los particularismos étnicos, por la gravitación de los distintos proyectos individuales de movilidad. En fin, un mundo obrero urbano en el que es difícil identificar un principio uniforme y autónomo que estructure la diversidad de los intereses que reúne en su seno.

De allí la pertinencia de indagar simultáneamente, como lo hace la nueva historia social, las experiencias de la explotación en el trabajo, de la sociabilidad en las comunidades de residencia, de las redes lingüísticas e institucionales de las nacionalidades de origen, etc., en un esfuerzo por aprehender los diferentes fragmentos de este personaje caleidoscópico y mutante, que si tiene una unidad como actor colectivo -cuando se corporiza en las intermitentes olas de protesta social- ella no es generada desde adentro de él mismo sino por la cohesión que crea la segregación social y la marginalidad política a la que los confina la sociedad de la época.

La segunda cuestión que interesa al enfoque de esta nueva historia social es un tratamiento de las ideologías obreras alternativo al que se desprende del marco tradicional de la historia intelectual con tanta frecuencia utilizado por los historiadores de los sectores trabajadores. Dicho marco tiende a aislar las ideas de su contexto social de producción y, sobre todo, de recepción, para ocuparse, en rigor, de trazar su filiación de un autor a otro según la progresión lógica de un debate ideológico. Así, durante mucho tiempo, analizar las ideologías ha implicado limitarse a confrontar los argumentos rivales de las distintas propuestas que procuraron incidir sobre las clases subalternas. El presupuesto implícito de este ejercicio es que los trabajadores constituyen una suerte de magma informe que sólo habrá de animarse y cobrar una identidad definida al influjo de las interpelaciones de los intelectuales y los políticos que se dirigen a ellos.

Por el contrario, sostiene la nueva historia social obrera, las ideologías nunca interpelan a un público inerte sino que los individuos concretos ya están culturalmente articulados por el complejo de actitudes, preferencias morales y tradiciones que es construido e incessantemente renovado a partir de sus condiciones de existencia. Para tener alguna eficacia, las ideologías deben sintonizarse con la trama de significaciones culturales que configuran las experiencias de los trabajadores. Desde esta visión, el proceso de for-

mación de las identidades obreras no es la repentina intrusión de ideas desde afuera sino la elaboración colectiva que realizan miles de trabajadores para dar sentido a sus vivencias en las diferentes esferas de la realidad social y política ²².

La aplicación de este enfoque metodológico ha renovado la investigación histórica en dos aspectos que nos parecen principales. Por un lado, ha llevado a una mejor lectura de los mensajes ideológicos explícitos, que no se limita, como en el pasado, a glosarlos atendiendo a sus contenidos manifiestos, en el estilo convencional de la historia de las ideas, sino que los trata como textos que deben ser descifrados y puestos en relación con su contexto de recepción en el interior de la cultura de las clases subalternas. Por otro lado, y esta es la novedad que queremos destacar, ha abierto las puertas a dominios hasta hace poco tiempo alejados de la atención de los historiadores: nos referimos a los registros de la elaboración simbólica que los trabajadores han realizado a partir de sus experiencias, tal como quedaron condensados en las consignas de lucha, en los mitos y las figuras idealizadas, en las preferencias literarias, en las costumbres y los rituales cotidianos.

La investigación, todavía en sus comienzos, de estas dos áreas de análisis ha arrojado resultados que son congruentes con la imagen antes presentada de un mundo obrero urbano múltiple y diverso. Con respecto a la producción ideológica se advierte que, si bien en los debates entre los militantes sobre cuestiones organizacionales y tácticas (acción directa, parlamentarismo, partidos políticos, mutualismo, etc.) es posible reconocer puntos de vista contrastantes y nítidos, en el plano de las ideas lo que domina es el *bricolage*. Consultando los catálogos de las casas editoriales y las bibliotecas de entonces lo que encontramos es un corpus indiferenciado en el que conviven nombres y tendencias que en su contexto de producción, típicamente la Europa de fin de siglo, ya tenían trayectorias diferentes y, a menudo, opuestas entre sí. Marx, Bakunin, Mazzini, Louis Blanc, Fourier, comparten la misma iconografía, en que suelen estar incluidos con igual relevancia sus vulgarizadores así como otros autores ajenos a las corrientes revolucionarias del pensamiento social.

La fluidez y la heterogeneidad que marcó la lectura de las ideologías obreras de la época por parte de los intelectuales y políticos locales dio lugar a una literatura que puede ser englobada bajo la etiqueta de "literatura social", que tenía mucho en común con la que predominó en la Europa de mitad del diecinueve y cuyos rasgos sobresalientes fueron una fe genérica en la redención humana y una condena a la sociedad de la riqueza, del parasitismo y los privilegios levantadas en nombre de un sujeto vagamente concebido como la masa de los desposeídos y excluidos. En ella estuvo ausente, como ocurrió en la literatura social europea de 1848, la referencia al trabajador fabril y a la explotación en la fábrica capitalista, porque ni uno ni otra tenían entonces la saliencia sociológica que tendrían mucho más tarde.

A su vez, la exploración de esos verdaderos yacimientos antropológicos que albergan las prácticas culturales de los trabajadores mismos ha ido sacando a la superficie unas identidades obreras caracterizadas también por un fuerte sincretismo, como cabe esperar toda vez que ni en el ámbito del trabajo ni en el de la vida cotidiana las experiencias de estos sectores eran uniformes, así como tampoco lo eran sus tradiciones de origen y sus proyectos de futuro. Quizás una de las manifestaciones más acabadas del arte combinatorio que organiza el universo simbólico de las clases subalternas es el lugar especial

²² Consultar la introducción "Social History and the Language of Labor", en William H. Sewell, WORK AND REVOLUTION IN FRANCE, Cambridge University Press, 1980.

que ocupó la figura del gaucho entre la propia masa inmigrante y en la propaganda revolucionaria de la época como prototipo de un común destino de exclusión en una sociedad que se transformaba sin realizar todavía los sueños de progreso y ascenso individual que prometía ²³.

Como señalamos antes, los avances de esta nueva historia social en la realización de sus propuestas metodológicas e interpretativas son aún modestos. A pesar de ello, ha permitido que se fuera delineando una cierta convergencia con respecto a la definición de su objeto de estudio, para el cual se tiende a utilizar la categoría de "sectores populares" ²⁴, concepto que remite menos al nivel de producción que al de las dimensiones de participación social y política en las que parece posible identificar, a partir de ese conjunto abigarrado y heterogéneo del mundo del trabajo, los elementos de continuidad capaces de recortar el perfil de un sujeto histórico.

²³ A. Prieto, *EL DISCURSO CRIOLLISTA EN LA FORMACION DE LA ARGENTINA MODERNA*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

²⁴ PEHESA, "La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica", *PUNTO DE VISTA*, año VI, 18, agosto 1983; L.A. Romero, "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad", *DESARROLLO ECONOMICO*, vol. 27, 106, 1987.